

## COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

CUATRO AÑOS EN LAS ORCADAS DEL SUR - Por *José Manuel Moneta* - Buenos Aires, Peuser Ltda., 1939.

*Cuatro años en las Órcadas del Sur* es un libro particularmente grato a los argentinos y ya clásico dentro de lo que podríamos llamar literatura antártica. Se comprende que así sea. En sus páginas hay un toque de argentinidad, fresco y vibrante, que parece ganar con su influjo a las tierras polares; quien lo escribe, José Manuel Moneta, es un argentino que ostenta el mérito indiscutible de haber presidido la primera expedición de nativos de nuestro país a las Órcadas.

El autor participó en calidad de ayudante en la expedición de 1923; fué segundo jefe en 1925; y jefe de las de 1927 y 1929. Estas dos últimas fueron integradas exclusivamente por argentinos, por primera vez desde que, el 6 de diciembre de 1821, el inglés Jorge Powell desembarcó en el extremo sudeste de la que hoy se conoce como isla Coronación, una de las componentes del archipiélago.

El trabajo ha sido premiado por la Comisión Nacional de Cultura, y de su éxito dice claramente el hecho de que, en 1949, haya sido objeto de una sexta edición. La que comentamos, primera de ellas, ofrece un texto de 301 páginas; se intercalan 74 fotografías, bien seleccionadas, que ilustran sobre el ambiente geográfico, retratos de los integrantes de las diversas expediciones en que intervino el autor, el emplazamiento y las distintas instalaciones del Observatorio, la fauna de las islas, así como episodios diversos de navegación y de la vida en esas heladas regiones. Hay tres mapas: uno, de la zona antártica argentina; otro, del archipiélago de las Órcadas; y un tercero de la isla Laurie, en la cual se encuentra emplazado el Observatorio. Un plano muestra las instalaciones de éste, en el istmo de la citada isla.

La obra se divide en dos partes. La inicial refiere las alternativas del primer viaje de Moneta. Comienza con una historia retrospectiva, alusiva a las primeras expediciones y al origen del Observatorio. Detalla a continuación las empresas argentinas y presenta un catálogo general, por orden cronológico, de todas las expediciones con destino al citado archipiélago, desde 1904 hasta 1939, con indicación de las nacionalidades de los integrantes de las mismas.

El resto de esta primera parte está constituido por las impresiones del autor en su primer contacto con las tierras antárticas. Nos cuenta las peripecias de la navegación, con una escala en Georgia del Sur, e indica, de paso, el procedimiento para la caza de ballenas, realizada activamente desde el

asiento de Grytviken. Arriban a destino. El relato sigue allí la línea espontánea, sencilla y plena de subjetividad que ya hemos advertido desde el principio. A ratos, toma un matiz de ingenuidad que, deliberadamente, ha sido mantenido para aumentar el carácter de vivencia íntima que constituye la tónica de todo el libro. Y así, nos vamos enterando de los trabajos y sufrimientos de aquellos hombres, perdidos en la inmensidad del desierto polar, alejados completamente del mundo civilizado.

De interés es todo lo atinente a las observaciones científicas, llevadas a cabo con método y con una acertada división del trabajo. Se registran los datos de velocidad y dirección del viento, temperatura y presión, humedad, estado nuboso, etc.; con todos los cuales se confeccionan planillas diarias. No hay una limitación estricta al registro de esas observaciones meteorológicas, sino que se anotan otras relativas a magnetismo terrestre, temperatura superficial de las aguas, altura de la nieve sobre el suelo, y todo otro elemento importante.

Particularmente valiosos, siempre en la primera parte, son los informes sobre los habitantes irracionales de la región, en los cuales resalta el mérito de la curiosidad infatigable de Moneta, siempre dispuesto a indagar todo lo que encuentra destacable y a comunicárnoslo. Con el complemento de las fotografías, arribamos a un buen conocimiento de los pingüinos, focas, petreles, cormoranes, gaviotas; de las clases en que se dividen, de sus métodos de vida, y de otros animales tan característicos como el *chionis* o paloma del cabo y el *megalestris* o carancho del Antártico.

La monotonía de los días siempre iguales, monotonía acentuada por ese ambiente de horizonte limitado, acaba por trastornar un poco el carácter de esos hombres. Por ello, es comprensible que se exagere la importancia de detalles nimios y se originen roces por hechos sin ninguna trascendencia. Moneta también interpreta esa situación y, por esa causa, no tiene ambages en relatar el episodio jocoso, pero sugestivo, de su conflicto con Bruhns, segundo jefe de la expedición, motivado por la posesión de cuatro jabones de tocador.

Los últimos días de estada, la incomunicación absoluta y la incertidumbre sobre la llegada del relevo, crean un estado de ansiedad que Moneta traduce magníficamente. Cuando arriba la expedición relevante, concluye para el autor esta primera experiencia de trece meses.

La segunda parte es el relato de los otros tres viajes. Un motivo central, que constituye a la vez la mayor aspiración de Moneta, es el eje de la trama: la instalación de una estación radiotelegráfica en Orcadas. Luego de un primer fracaso en 1925, su sueño se cumple el 30 de marzo de 1927. De ese contacto con el mundo surgen momentos agradables que atemperan la tristeza de la separación. La soledad desarrolla en aquellos hombres una extrema sensibilidad y la distancia, paradójicamente, los acerca más profundamente a los seres queridos. Emocionante es la descripción que nos hace de la audición radiotelefónica del 24 de mayo de 1927, en la cual palpita intensamente un entusiasmo patriótico, tanto más sincero cuanto que ellos saben positivamente cómo se hace patria en aquel apartado lugar. "De improviso sonaron unas notas graves que hirieron los oídos y saltamos de los

asientos para ponernos de pie. Era el Himno de la patria lejana que nos llegaba del norte, de cuatro mil kilómetros. . .

“Nosotros, allí en el sur, bloqueados por los hielos, lo escuchábamos de pie.

“Vi que los ojos de Casariego se empañaban por las lágrimas, y cuando miré a Fállico y a Baldoni, estaban profundamente emocionados. Los labios de Jaramillo se agitaban como queriendo decir algo y me di cuenta que quería entonar las estrofas del Himno patrio, hasta que, sobreponiéndose a la turbación de su alma, dejó oír su cálida voz de tenor.

“Todos de pie, inmóviles, lo seguimos y a no dudarle debió ser extraño el grupo que formábamos coreando aquella canción, cuya música nos llegaba en alas del éter” (249).

Cada una de las dos partes en que está dividido el libro, constituye un reflejo de la diferente captación de los hechos y, si se quiere, hasta de la distinta edad del expedicionario. La primera, es un relato minucioso, con abundancia de detalles percibidos por una persona ávida de novedades y plena de curiosidad. La segunda, en cambio, por su concisión y categoricidad, indica el cambio temperamental del autor. La experiencia, y la serenidad que con ella viene, afloran notablemente. Es evitada la transcripción de los incidentes sin importancia, y se ajusta a lo fundamental, ya sea en la eliminación de aquello común a los viajes anteriores, ya sea en la concreción a los episodios que se destacan netamente.

En varios pasajes de la obra resalta la arbitraria fiscalización, por parte de Inglaterra, de los productos de los mares antárticos, particularmente de lo relacionado con la explotación de las ballenas. Los barcos deben recalar en las Islas Malvinas o Georgia del Sur y pagar un impuesto de dos chelines por cada barril de aceite. Dice Moneta: “. . . la percepción de impuestos es fabulosa, pues debe tenerse en cuenta que cada ballena produce un término medio de noventa barriles y que la capacidad de cada buque es de treinta mil y algunas veces más.

“Solamente en la isla Decepción, situada en el corazón del Antártico (Shetlands del Sur), se reúnen anualmente más de una docena de factorías flotantes que pueden producir en conjunto arriba de setecientos mil barriles” (218).

En contraste con esa actitud arbitraria de Inglaterra, que responde en este caso a una actividad meramente utilitaria, puede oponerse la quieta y pacífica posesión de las islas Órcadas por nuestro país, cuyo Observatorio es una avanzada puesta al servicio de la humanidad.

No debe irse a este libro en busca de rigor científico. No es un trabajo que implique sistematización de alguno de los problemas que plantea la Antártida. Es, en síntesis, un cuadro vívido con impresiones de una vida argentina en las islas Órcadas. Debe sí valorarse por su agradable lectura y el sincero patriotismo que alienta en sus páginas.